

APRENDICES | T2: E1 Melina Furman

Desgrabación - Español

Link: [Aprendices | T2: E1 | Melina Furman](#)

INTRO

Entrás a una escuela y te das cuenta si la gente la está pasando bien o la está pasando mal.

Y siento que a la docencia nos falta mucho recuperar esa alegría de sentir que estamos creando y que estamos disfrutando.

Hay una necesidad de volver a recuperar esa llamita sagrada y entonces cuando ayudo un poco a que eso pase o cuando me pasa a mí de vuelta, digo, bueno, sí, es por el buen camino, voy por acá.

PREVIA

Contame más. Yo dije que sí porque son ustedes, pero contame más cómo es.

Mirá para arriba.

Empezamos a pensar que no solo a veces una charla académica es lo que necesitamos para enfrentar el aula del día a día, sino también experiencias de vida que nos muestren qué competencias han ido desarrollando...

Como más humano, que les traiga, como les reviva un poco la vocación, ¿no?

Conectarnos un poco con eso.

¿Dejo las cosas acá?

Si, dejás todo acá.

Acompañame, Melina.

Muy bien.

Por acá.

El escenario... Precioso.

Bueno, aquí estamos.

A esta chica la conocemos.

Antes de la pintura. Chapa y pintura.

Hola. ¿Cómo estás? A estos dos los conozco.

No hay un guion, no hay preguntas predefinidas, solo una que es la que nos guía en la conversación y es también el punto de partida, que es ¿cómo te definís?

Y acá capaz que tenés oportunidad de decir otras, de compartir otras facetas.

A ver si hacemos otras Melinas Furman.

Vamos a jugar.

Te veo lejos.

Sí.

Melina, previa, toma tres, claqueta final.

CHARLA

Me cuesta un montón esa pregunta cada vez que tengo que ponerla en un formulario. Hoy en el hotel, por ejemplo, y te preguntan profesión, nunca sé qué poner, pongo distintas cosas.

Profesionalmente, me defino así, muy ampliamente, como educadora. Y educadora para mí tiene un montón de cosas adentro, tiene una parte de investigadora, de querer entender qué cosas funcionan mejor, cómo lograr que todos los estudiantes aprendan, que los docentes disfruten más de la enseñanza y enseñen de maneras cada vez más potentes...

Hay mucho de tratar de entender y de incidir también, mucho de, de preguntarse cómo hacer, no solo para acompañar a otro, sino enseñando yo misma, cómo hacer que brillen esos ojitos del otro lado, de los alumnos. Así que, profesionalmente te diría educadora con todo lo que eso tendrá adentro.

En los últimos años, mi otra gran definición es que soy madre. Tengo mellizos que ahora tienen nueve años y desde ese momento se abre una nueva parte de mi ser, que es enorme y que no tenía idea de que existía, entonces la pongo también ahí dentro de la cajita.

¿Qué cosas quedaron, no sé si en el camino, pero qué cosas quedaron como pequeñas y otras fueron fagocitándolas?

Muchas, de algún modo se fueron integrando, pero yo no estudié educación primero, yo estudié biología con la idea de ser científica, de laboratorio, de mezclar tubitos. Y, de hecho, eso fue lo que hice en los últimos años de carrera.

Lo bueno de muchas carreras científicas es que muchos profesores te estimulan a que vayas a meter las manos en la masa, que vayas al laboratorio, que pruebes. Yo trabajé en cuatro laboratorios distintos.

Y me empezó a pasar, porque yo estaba súper segura que quería ser científica, y de hecho la carrera me gustó un montón. Yo empecé a estudiar biología, estaba entre medicina, biología, quería encontrar la cura para alguna enfermedad de un montón de gente.

Me acuerdo en la entrevista de orientación vocacional, la orientadora vocacional del colegio decía, bueno, y vos... y la resignifiqué muchos años después esa entrevista. Y me dijo, bueno, vos, ¿qué querés hacer? Yo quiero curar a millones de personas, yo quiero hacer algo que tenga mucho impacto y que le mejore la vida a un montón de gente y por eso estudiaría ciencias. Y en cambio medicina, pensaba yo en ese momento, por ahí es más uno a uno y no sirve tanto. Y ella me dijo, ¿y esto que estoy haciendo yo con vos ahora, entonces, no te sirve?

Esta cosa que después viéndola del lado de la educación es tan importante, es esa cosa que uno siembra en cada uno de los que tiene enfrente. Y entonces quería entender cómo funcionaba el cerebro y me puse a estudiar biología con esa búsqueda. De hecho, trabajé en neurociencias unos años, bien de laboratorio, con ratones, viendo qué pasaba cuando aprendían cosas, si se las olvidaban, y qué proteínas cambiaban en sus cerebros, les sacábamos los cerebritos, bien de mesada.

Y me empezó a pasar que estaba haciendo lo que quería, lo que suponía que quería, y no me gustaba nada. Me aburría bastante. Y ese momento fue, y tendría unos 25 ahí, y bueno, qué hago, estoy acá con la beca que quería y el grupo de investigación, que era gente maravillosa y la pasábamos bien, pero había algo adentro que no terminaba de cerrar y en parte decía, por ahí no existe algo que de veras te llene, ¿no?

Y empecé a probar otras cosas medio de costado. Conocí a un gran amigo, una especie de hermano, que se llama Gabriel Gellón, que él es biólogo también, diez años más grande, ya había hecho también ese camino de deconstruirse como científico, y él me dijo, venite a dar talleres de ciencias para chicos conmigo, hagamos cosas.

Nos juntamos con gente que estaba diseñando un museo de evolución, empezamos a escribir. Empezamos como a probar otras cosas que él ya venía haciendo, él me sumó a las cosas que venía haciendo. Empezamos a crear una página web de ciencia para chicos, que fue mi primer gran proyecto ya cuando di el volantazo finalmente, que se llamó Experimentar, que tenía esta idea de aprender haciendo. Muchos años después hicimos un programa de tele para chicos con él que se llamó La casa de la ciencia, que tenía este lema, el latiguillo de cada capítulo que era: "Solo hay una forma de averiguarlo. ¿Cómo? Haciéndolo".

Bueno, y conocer a él y alguna otra gente me hizo probar algo donde enseguida me sentí como ffff. Viste ese momento donde te sacás la mochila y decís, acá estoy bien, es esto, la creatividad fluye, siento que es mi lugar en el mundo. Con un montón para aprender, obviamente.

Pasó en ese primer taller que te invitan y decís, bueno, voy a llevar este taller para estos niños, ¿qué pasó ahí en ese primer taller?

Me acuerdo una de las cosas que hacíamos era moco falso, como slime le dicen ahora. Una cosa medio que mezclás y se hace una pasta, pero entonces queríamos averiguar cómo hacer el moco perfecto, entonces teníamos que definir qué era perfecto y entonces había que definir que, por ejemplo, se tenía que estirar mucho, pero no se tenía que romper y cómo lo íbamos a medir.

Eran un montón de cosas, re pavotas, pero muy, que estimulaban mucho esta cosa de pensar juntos con los chicos. Era en una escuela primaria donde íbamos todas las semanas. Y me acuerdo ese momento de pensar con los chicos y decir, guau, esto está bueno, hay algo que está pasando, y yo venía y sigo mucho con la convicción de que el pensamiento científico, en el sentido más del pensamiento riguroso, curioso, nos ayuda a ser mejores ciudadanos, mejores personas, creo que nos hace bien.

Como una cosa más de propósito más grande. Como que está bueno sembrar eso en los que no se van a dedicar a las ciencias después. Entonces ahí sentí, como guau, esto vale la pena y me gusta y me divierte.

En un libro tuyo sos bastante categórica y traés una frase que no es tuya, pero decís, somos tercer mundo porque no tenemos pensamiento científico. De alguna manera, tomamos las

verdades sin conocer las evidencias que hay detrás. Sos categórica. Hay algo ahí que te persigue como motivo de llevar la ciencia al llano.

Es una frase de un médico que es argentino y vive hace muchas décadas en México. Se llama Marcelino Cereijido y él tiene un libro que se llama ¿Por qué no tenemos ciencia?. Y él dice que en América Latina tener científicos es como tener una orquesta sinfónica, como queda lindo tenerlos, pero nadie sabe muy bien, está bueno, se siente bien un país civilizado que tiene científicos, pero nadie usa realmente esos científicos en el sentido de poder conectarlos con la producción, con la industria.

Eso fue cambiando igual, pero todavía estamos lejos. Y también esto de que nuestra sociedad ve a la ciencia como algo que viene del plato volador, verdad revelada, y no como algo que se construye a partir de preguntas, de maneras de entender.

Así que sí, es algo que me acompaña. En los últimos años me fui alejando de la educación científica y más a la educación te diría de todas las áreas centrada en esto de enseñar a pensar. No me importa si es en historia, en lengua, en literatura. Es algo que de esta cosa del pensamiento propio, de disfrutar el aprender.

No te diría que fue un segundo volantazo, pero fue como ir derivando un poco para otro lado. Dejar este amor de la ciencia, de la biología, a la educación en general.

¿Encontraste un propósito ahí en esto de llevar otra forma de enseñar y de generar aprendizajes? ¿Hay un propósito ahí, hay algo que conecta contigo de algo más de lo que hacés hoy?

Hay algo más ahí, me pasa mucho que vengo trabajando con escuelas desde hace unos veinte años y cuando entrás a una escuela te das cuenta si la gente la está pasando bien o la está pasando mal. Respirás ahí en las aulas.

Y siento que a la docencia nos falta mucho recuperar esa alegría de sentir que estamos creando y que estamos disfrutando, en montones de excepciones, pero que hay un montón de profesionales de la educación, de docentes, que por montones de motivos, los podríamos listar, las condiciones de trabajo y todo eso, hay una necesidad de volver a recuperar esa llamita sagrada.

Entonces cuando ayudo un poco a que eso pase, o cuando me pasa a mí de vuelta, digo, bueno, sí, es por el buen camino, voy por acá.

Recuerdo ahora también, vos tuviste en tu trayecto profesional, en tus primeros proyectos grandes, recorriste Argentina de pe a pa. ¿Cuántas Argentinas encontraste recorriendo esas escuelas?

Montones. Varias, por lo menos tres o cuatro muy distintas. La Argentina más del norte, que es la Argentina más postergada. Y digo, no solo para ir por Argentina. Fui recorriendo mucho América Latina en estos años y, más allá de los países, siempre hay poblaciones muy postergadas, con cero posibilidades, donde hay muy bajas expectativas de qué es lo que los chicos pueden aprender, y entonces las cosas que hacen no tienen ni mucho sentido ni son muy fáciles. Te das cuenta cómo se van apagando esos potenciales, te parte el corazón.

Y después, el mundo más privilegiado, que en todos nuestros países también existe. De gente que está en otra escala de posibilidades y decís, pero están a una cuadra. A veces están realmente muy cerca, a veces es un barrio que está al lado de otro y es el día y la noche.

Hay un proyecto que hicimos que me pegó fuerte con eso, fue un proyecto que hicimos para jardín de infantes que se llamó Prácticas Inspiradoras en Nivel Inicial. Entonces hicimos una secuencia sobre ciencia, eran dos: Los Detectives del Sonido y Los Misterios de la Luz y la Sombra. Eran chicos de cuatro y cinco años y sus maestras.

Hicimos la misma secuencia didáctica en una escuela muy privilegiada de Argentina y otra de mucha pobreza, pero que quedaban literalmente a cuatro cuadras, muy cerca. Con la idea un poco de que la buena enseñanza se puede llevar adelante en todos lados. Y eso fue lo que vimos. Pero fue muy fuerte ver cómo los chicos ya a los cuatro años, lo que uno sabe y lee, pero verlo en carne y hueso fue muy fuerte: el capital cultural, la manera de hablar, la posibilidad de esperar un turno, todo esto que decimos que la escuela además enseña mucho más que contenido, la escuela y la casa, la posibilidad de decir lo que pensás, de articularlo, de esperar, de que otro te escuche, de poder sostener el esfuerzo cuando algo no te sale. Y era tan distinto en los dos grupos de escuela.

Viendo eso, para mí, fue como una revelación que la sabía teóricamente, pero verla fue como decir, esos primeros años son tan importantes.

No pude dejar de conectar también tu obra más reciente, en donde también te abris un poco más, levantás la mirada del aula y empezás también a ver la comunidad, las familias, cómo están apoyando a los estudiantes.

No dejé de pensar en esto que vos decís cuando fuiste a algunas zonas en donde hay mucha postergación social, económica, educativa. Y hay expectativas bajas y respondemos a eso, ¿no? Si se espera poco de mí, bueno, voy a llegar acá. Pero también muchas veces hacia los docentes hay expectativas bajas.

También, claro.

La sociedad tiene expectativas bajas sobre lo que hacemos. ¿Eso te lleva también a tratar de elevar todavía más la mirada, no elevar, ampliar más la mirada?

Sí, coincido plenamente. Hay un autor, cuando yo hacía el doctorado, una de las ideas, me encontré una vez en un libro de casualidad que me pegó mucho y fue central para mi tesis de doctorado. Yo hice la tesis en Estados Unidos, trabajaba en las escuelas del Bronx y de Harlem, que son como las postergadas de allá. Distintas, otro tipo de necesidades y de desafíos, raciales. Si uno miraba los edificios eran Suiza, eran hermosos. Pero yo me acuerdo iba a una clase sobre educación urbana y hablaban sobre escuela en extrema pobreza y yo levantaba la mano y decía, no me parecen tan pobres estas escuelas. Pero realmente había conflictos y dificultades, como en todos lados.

Entonces mi tesis fue sobre cómo preparar maestros, de los que se formaban para ser maestros para trabajar en estas escuelas, y no bajar las expectativas, seguir buscando enseñar cosas interesantes. Y un autor con el que me encontré, que se llama Martin Haberman, le puso nombre a eso. Él hablaba de la pedagogía de la pobreza, que es justamente esto, cuando uno ya tiró la toalla. Esta pedagogía de bajas expectativas, de no esperar demasiado. Por buenas razones, a

veces, por experiencias difíciles. Pero es ese momento donde ya lo que uno hace tiene poco desafío, poco interés.

Y, como vos decís, por supuesto, es algo que a veces la sociedad vuelca también sobre los docentes. Esta cosa de no esperar demasiado o de asumir que no van a trabajar mucho o de pensar que no saben tanto o que no quieren formarse.

A mí siempre me hacen esta pregunta cuando yo cuento que trabajo con programas escolares, me dicen, pero ¿y los docentes quieren hacer todo eso? ¿No se te plantan y hacen piquete? No, la verdad que no. Alguno que otro por ahí tendrá menos ganas de trabajar en algo nuevo, pero en general, cuando los proyectos valen la pena, mi experiencia de montones de escuelas primaria, jardín, liceo, todo, es siempre la misma: los docentes se suman, se entusiasman.

Siempre y cuando uno vaya con algo que está bien armado y no los largue solos. Si yo vengo a decirte, todo lo que hacés está mal, cambialo, hacé algo distinto mañana, tomá, acá está la receta y me voy. Obviamente, eso no funciona, eso es una falta de respeto y eso no tiene ningún viso de realidad.

Para que eso cambie hay que estar, hay que volver, hay que discutir, hay que ir al aula, hay que ver las carpetas a ver qué pasó. Todo es un proceso de amasado, ¿no? De ir aprendiendo juntos.

Personalmente, nunca se me ocurrió trabajar en un escalón más arriba de política educativa, por ahora no rumbeé para ese lado, no sé si es lo mío, creo que no. Pero sí creo que el cambio pasa más por adentro de la escuela de abajo para arriba; de hecho, lo creo y lo muestra un montón de investigación, esto de que la escuela sea comunidad de aprendizaje.

Cuando hay un equipo directivo que propone reunirse y pensar juntos, no es tanto que venga alguien a tirarte la posta, sino lo contrario. Son escuelas que se piensan a sí mismas y trabajan y van pensando lo que hacen. Un montón de partes del mundo que lograron hacer una reforma más sistémica fueron por ese lado.

Vos decís hay escuelas que se piensan a sí mismas, pero vos también recorriste un país o un continente, al menos, también inspirándote. Y me quedé pensando en esta necesidad también de conocer otras realidades para poder inspirarte, porque uno no es un banco de actividades y uno lee tus obras y hay muchos ejemplos inspiradores, que no es para replicar, pero sí para inspirarte en el aula, como docente.

¿Hay una necesidad también de incorporar esto de conocer otras experiencias, del docente ya no en el aula, sino como viajero de otras escuelas?

Totalmente. Yo hago un poco de viajera embajadora yendo de ojos, qué bueno sería que todos estuviéramos viajando e inspirándonos, buscando. Yo voy buscando como perlitas, esto no se lo puede perder tal otro y lo trato de compartir. Me parecen importantes los ejemplos, creo que están subvaluados los ejemplos, incluso vos decías no es para replicar y a veces tenemos como miedo, uy, no, mirá si el otro piensa que yo lo hice igual.

Al contrario, te diría que está bueno. Uno después siempre lo hará propio. Pero a veces tenemos esta cosa de la creatividad, como que tenemos que empezar la hoja blanco, de cero, y no nos ayuda. Me parece que nos ayuda justamente ir probando, con más liviandad, a mí por lo menos.

A veces siento que en educación hay mucho valor de las grandes ideas teóricas, pero así como la sociedad soslaya a veces a los docentes, en educación a veces sentimos que las ideas teóricas

son súper potentes, pero los ejemplos del aula son así nomás y los hace cualquiera, y es mentira. Realmente es mentira.

Las buenas actividades son difíciles de hacer, por eso cuando uno las encuentra las tiene que compartir. Y hasta ojalá muchos se las copien y después las cambiarán y verán. Igual uno nunca copia literal, pero creo que hay que darle un poco más de peso, de valor, de amor a la práctica. Realmente es un montón de tiempo invertido, de gente que lo está pensando.

Siento que ahí hay como un rol, de esto del propósito, si puedo aportar algo, para mí es ese tratar, o por lo menos mis libros tratan de ser eso como del puente entre lo que hay que hacer y todo está mal y no sé qué, y el cómo, yo siempre pienso en cómo, cómo, cómo lo hago. Me obsesiona.